

LOS ENEMIGOS DEL LIBRO



Amadeo Petitbó

Catedrático de Economía Aplicada

Recientemente, la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE) ha publicado *La lectura en España. Informe 2017* cuyo editor ha sido el Doctor en Literatura comparada, José Antonio Millán. De la lectura del Informe se aprende mucho pero no todo. En efecto, algunos problemas de fondo no son abordados con la intención y la profundidad que su relevancia exige. Coincido con la FGEE cuando dice que "la lectura no es una pasión española". Las cifras lo ponen de manifiesto. Como en estas escasas líneas debo elegir, me referiré, sobre todo, a la fijación del precio final del libro que, merced a su regulación ineficiente, excluye la posibilidad de aplicar descuentos por encima de un taquito 5 por ciento. Esta estrategia, impacta sobre la demanda, reduciéndola; es decir, agravando el problema de la escasa afición al libro en España. Siempre me ha sorprendido que las mencionadas cuestiones no se hayan situado en el eje de las prioridades de los responsables de la no-

ble misión de fomentar la lectura. Su atención se centra en el editor y el distribuidor minorista. El distribuidor mayorista, sorprendentemente, queda abrigado de vistas y fuegos. El lector es el olvidado total; tenemos día del librero y día del libro pero no tenemos fiesta grande dedicada al sufrido lector que paga más por lo que podría obtener a un precio inferior. El intencionado trabajo de Antonio María Ávila (*La oferta editorial de libros*), en el primer párrafo acierta al sostener que lo que hace particular al libro es su doble naturaleza: económica y cultural. El libro es el resultado de una inversión de múltiples agentes, pero también es un instrumento cultural, portador de entretenimiento, eficiencia y competitividad. Sorprenden las cifras de títulos vivos en catálogo (586.811) y los 83.327 libros de texto no universitario. Si la primera cifra asombra por la diversidad que encierra, la segunda refleja que muchos docentes se alejan del objetivo de la excelencia de la docencia. De no ser así, el libro bueno iría desplazando,

paso a paso, al que lo es menos en un proceso de selección competitiva. Tanto título revela que dicho proceso selectivo no tiene lugar. En consecuencia, unos estudiantes trabajan con buenos textos y otros con textos de menor calidad. Este hecho muestra una decisión socialmente ineficiente aunque pueda ser rentable para algunos. Se trata de una cuestión que debería estudiarse. También,

sorprende que se edite tanto y se lea tan poco. Posiblemente los subsidios explíquen, al menos parcialmente, este fenómeno. Esta es una cuestión que merece un estudio específico. Por su parte, José Manuel Anta (*Los puntos de venta de libros y publicaciones periódicas*) se refiere a las librerías y a la reducción de su número,

Hay que devolver la libertad a quien participa en procesos de calidad, servicio y precio

consecuencia de la miseria lectora de buena parte de la sociedad española, de la falta de modernización del sistema de distribución y de las nuevas formas del mismo. Amazon, sin duda, ha jugado un papel protagonista en el proceso. Anta termina pidiendo árnica en forma de "ayudas fiscales, compras o ayudas

públicas", un paliativo temporal que no resolverá el problema de fondo, como se ha demostrado. La propia regulación actual, limitadora de la competencia en precios, ya constituye una ayuda enorme y, como se ha visto, ineficiente. La lectura del texto conduce a una reflexión posterior basada en el principio de que el libro no es neutro pues la historia revela que siempre ha tenido amigos y enemigos. Entre estos últimos destacan los incendiarios, los censores y los liberticidas de todo tipo (religiosos, nazis, comunistas, p.e.). Ahora, con mayor sutileza, la falta de libertad en el proceso de fijación de precios al amparo de una legislación ineficiente y absurda nos sitúa frente a un nuevo enemigo de la lectura, disfrazado de benevolencia, casi invisible pero devastador. Por ello, los lectores, de nuevo, apelamos al sentido común para que, al amparo de la racionalidad económica, se devuelva la libertad a todos aquellos que participan en los procesos de producción y distribución de libros de manera que puedan competir en calidad, servicio y precio. En definitiva: que sean libros como queremos serlo los lectores. Que, recordando a Steiner (*El silencio de los libros*, Ed. Siruela, 2011), no nos digan que no somos valientes.